

demonios, impidiendo al alma sentir cualquier placer, insensibilizándola con su tristeza. Es cierto lo que se ha dicho: que los huesos del hombre triste se tornan áridos (Pr 17:22). Y sin embargo, si se lucha un poco, este demonio sirve para fortalecer al solitario. Lo convence de no acercarse a ninguna de las cosas de este mundo ni a ningún placer. Si persiste en su lucha, genera en él pensamientos que lo inducen a alejar su alma de este tormento o lo fuerzan a huir de ese lugar. Tal es lo que ha pensado y sufrido el santo Job, atormentado por este demonio: Ojalá pudiera echar mano a mí mismo u otro, a mi pedido, así lo hiciera (Jb 30:24). Símbolo de este demonio es la víbora, animal venenoso. La naturaleza le ha concedido, benevolentemente, el que pueda destruir los venenos de los otros animales, pero si la tomamos en estado puro, destruye la vida misma. Es a este demonio que san Pablo ha entregado el hombre de Corinto, que había pecado. Pero luego se apresura a escribir a los Corintios: Os ruego que confirméis vuestro amor por él, para que no sea consumido por la excesiva tristeza (Cf. 2Co 2:8-7).

2) Sin embargo, este espíritu que aflige a los hombres es capaz de ser portador de un arrepentimiento bueno. Y así también san Juan Bautista ha denominado "raza de víboras" a aquellos que han sido heridos por este espíritu, y que se refugiaban en Dios, diciendo: "¿Quién os ha enseñado a huir de la ira que vendrá? Dad, pues, frutos dignos de arrepentimiento y no penséis decir dentro de vosotros: a Abraham tenemos por padre" (Mt 3:7-9). Todo el que ha imitado a Abraham y se ha alejado de su tierra y de su parentela, se ha vuelto más fuerte que este demonio.

3) Si alguno es dominado por la cólera, está dominado por los demonios. Y si alguien le sirve, éste es extraño a la vida monástica, un extranjero en las vías de nuestro Salvador, dado que el

mismo Señor nos dice que Él muestra el camino a los humildes. Por tanto, cuando el intelecto de los solitarios se refugia en la llanura de la mansedumbre, difícilmente puede ser poseído, ya que no hay otra virtud que los demonios teman más que la misma. Ésta es la virtud que había adquirido el gran Moisés, quien fuera conocido como el más manso de los hombres. Y el santo David ha declarado que esta virtud es digna del recuerdo de Dios: "Acuérdate de David y de toda su mansedumbre" (Sal 131:1). Y también el Salvador mismo nos ha ordenado ser imitadores de su mansedumbre: "Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón y hallaréis descanso para vuestras almas" (Mt 11:29).

4) Si alguno ha renunciado a manjares y bebidas, pero excita su cólera con malos pensamientos, ¿se asemeja a una nave que navega con un demonio como piloto! Con todas nuestras fuerzas debemos cuidar de nuestro perro y enseñarle a destruir sólo los lobos, sin devorar las ovejas, dando prueba de mansedumbre hacia todos los hombres.

San Evagrio el Monje

Los evangelios de la semana

Lunes 12:	San Juan 10:39-42
Martes 13:	San Lucas 20:1-8
Miércoles 14:	San Lucas 12:32-40
Jueves 15:	San Juan 21:15-25
Viernes 16:	San Juan 21:14-25
Sábado 17:	San Lucas 6:17-23
Domingo 18:	San Lucas 17:12-19



La Voz del Señor

Año VIII - Nro 2 - 11 de enero de 2009
Día de San Teodosio el Grande

El bautismo y el arrepentimiento

"Arrepentíos porque se acerca el Reino de Dios"

Después de relatar la infancia de Cristo, el evangelio de Mateo nos conduce directamente al relato de su bautismo con lo que se inaugura la predicación pública de Jesucristo. Nos ha conservado sus primeras palabras: "Arrepentíos porque se acerca el Reino de Dios".

Para introducir esta predicación de Jesús, san Mateo empezó con la descripción de la realidad de la humanidad antes de la venida de Cristo, usando expresiones del profeta Isaías para hablar del "pueblo que habita en tinieblas" y de "los que habitan en la región de mortales sombras". Luego señala cómo la encarnación de Cristo ha hecho brillar la luz sobre el pueblo y ellos lo han visto. Nosotros hemos entendido esta verdad en la celebración de Epifanía, por habernos vestido con esta luz en nuestro bautismo. Se desecharon las sombras de nuestro ser y se instaló la Luz para siempre.

La Iglesia estableció la lectura de este pasaje del evangelio en el domingo posterior a la Epifanía, y por ello, puso a los fieles ante una paradoja: por un lado fuimos bautizados en Cristo y nuestros pecados han sido perdonados, y por el otro lado, el evangelio nos llama al arrepentimiento. ¿Acaso, el bautismo en sí es insuficiente? ¿Se puede reconciliar el hecho del bautismo y el llamado del evangelio de hoy a arrepentirnos?

El sacramento del bautismo es una verdad y no una imagen o un símbolo: "Cuanto en Cristo habéis sido bautizados, os habéis revestido de Cristo" (Gal 3:27). Hemos sido limpiados de nuestros pecados en la pila bautismal, hemos recibido la gracia del Espíritu Santo y comulgamos el Cuerpo de Cristo. San Nicolás Cabasilas (Siglo XIV) hace una analogía entre lo sucedido en el misterio del bautismo y la imagen del nacimiento de un niño. En efecto, con la inmersión en el agua y la salida de la misma el ser humano es limpiado de sus pecados. Esto es un verdadero nacimiento, en el Espíritu, que se asemeja al nacimiento del niño, en su salida del vientre de su madre. La unción con el Míron es la adquisición del don de la vida en el Espíritu y la habilitación a vivir en Él, que se asemeja a la habilitación de todo el organismo del niño a funcionar, como la función de respirar y las otras. Y la santa comunión, por la cual alcanzamos participar del Alimento de la vida eterna, se asemeja a la alimentación del niño por el seno de su madre.

Es así que el sacramento del bautismo nos hace nacer en Cristo, cuando nos entrega el soplo de la vida y el funcionamiento de los órganos espirituales, y finalmente nos concede el alimento para nuestro crecimiento espiritual y nuestra unión con Dios. Este es un don gratuito que nos da todas las posibilidades de la vida en Cristo, pero con una sola y fundamental condición: esta vida nos es entregada pero sin violar nuestra voluntad. Dios quiso otorgarnos todos estos bienes pero sin imponerse por encima nuestro. Si queremos este don, lo vivimos y lo justificamos por nuestro aprendizaje; y si no lo queremos, entonces no nos afecta para nada. Así, el padre que abre una cuenta bancaria a favor de su hijo y le pone dinero mensualmente hasta la edad adulta, luego le va dar la facultad de usar la cuenta; si su hijo no quiere usarlo, la existencia de la cuenta no lo afecta para nada.

Por ello, la recepción del bautismo y el llamado del evangelio no se contradicen. En el

bautismo adquirimos el don de la vida, mientras que el evangelio nos llama a activar lo adquirido gratuitamente en el bautismo con nuestra voluntad. Lo sutil del tema reside en nuestra propia libertad. Lamentablemente, hacemos muchas veces un mal uso de nuestra voluntad y nuestra libertad, y en consecuencia, ensuciamos ese manto con el que nos hemos vestido en nuestro bautismo. Entonces, tenemos que limpiarlo nuevamente por medio de obras de arrepentimiento, a saber la confesión, la oración, la vida de las virtudes, la lectura espiritual, la participación de los santos sacramentos, y toda actividad o conducta que permite fortalecer el ejercicio de la caridad hacia nuestro prójimo y el amor a Dios.

El reino de Dios es el lugar de nuestra residencia final con Dios. Somos llamados a ser ciudadanos en ese reino, viviendo con Él con todo nuestro ser. Por el bautismo hemos recibido la posibilidad de residir en el reino, y por el arrepentimiento tenemos el camino que nos conduce a realizar la permanencia en esta residencia. El bautismo solía ser el punto de inicio, mientras que el reino la puerta de nuestra llegada, por el camino que une un polo a otro, el del arrepentimiento. Se nos ha dado el tiempo de la vida presente para hacer este camino. El caminar en esta senda significa la conservación de las vestiduras de Cristo que hemos vestido en el bautismo, porque esta es nuestra vestidura también en el reino. La palabra de Jesús “*arrepentíos*” nos releva de nuestra pereza y nos motiva para mantenernos revestidos de las verdaderas vestiduras. Vistámonos, pues, de la vestidura del arrepentimiento. Amén.

+ Metropolitano Siluan

Tropario de la Resurrección (Tono 5)

“Al coeterno con el Padre y el Espíritu, nacido de la Virgen para nuestra salvación, alabemos, oh fieles, y prosternémonos. Porque se complació en ser elevado en el cuerpo sobre la

cruz, y soportar la muerte, y levantar a los muertos por su Resurrección gloriosa”.

Tropario de Epifanía (Tono 1)

“Cuando fuiste bautizado, Señor, en el Jordán, la adoración a la Trinidad fue manifestada. Porque la voz del Padre dio testimonio de Ti, llamándote: 'Hijo Amado', y el Espíritu en forma de paloma, confirmó la certeza de la Palabra. ¡Cristo nuestro Dios que apareciste e iluminaste al mundo, Gloria a Ti!”.

Tropario a San Teodosio (Tono 8)

“Con los arroyos de tus lágrimas, fructificaste el desierto infecundo, y con los suspiros desde los profundos, con tus esfuerzos, diste frutos cien veces más. Te has devenido en astro del universo, resplandeciendo por los milagros. Oh nuestro piadoso padre Teodosio, intercede, pues, ante Cristo Dios, que salve nuestras almas”.

Kondakio (Tono 4)

“Hoy Te has manifestado al mundo, Señor, y Tu Luz se alzó sobre nosotros, quienes con conocimiento cantamos Tu alabanza diciendo: “Has venido y has te manifestado, Luz inaccesible”.

Carta a los Hebreos (13:7-16)

Hermanos, Acordaos de vuestros guías, que os anunciaron la palabra de Dios y, considerando el desenlace de su vida, imitad su fe. Jesucristo es el mismo, ayer, hoy y por los siglos. No os dejéis seducir por doctrinas diversas y extrañas. Mejor es fortalecer el corazón con la gracia que con alimentos que nada aprovecharon a los que siguieron ese camino. Tenemos nosotros un altar del cual no tienen derecho a comer los que dan culto en la Tienda. Los cuerpos de los animales, cuya sangre lleva el sumo sacerdote al santuario para la expiación del pecado, son quemados fuera del campamento. Por eso, también Jesús, para

santificar al pueblo con su sangre, padeció fuera de la puerta. Así pues, salgamos hacia él, fuera del campamento, cargando con su ignominia, pues no tenemos aquí ciudad permanente sino que buscamos la futura. Por medio de él ofrezcamos sin cesar a Dios un sacrificio de alabanza, es decir, el fruto de los labios que confiesan su nombre. No descuidéis la beneficencia y la comunión de bienes; éstos son los sacrificios que agradan a Dios.

Santo Evangelio según San Mateo (4:12-17)

En aquél tiempo, cuando Jesús oyó que Juan había sido entregado, se retiró a Galilea. Y dejando Nazaret, vino a residir en Cafarnaún junto al mar, en el término de Zabulón y Neftalí; Para que se cumpliera lo dicho por el Profeta Isaías: ¡Tierra de Zabulón, tierra de Neftalí, camino del mar allende el Jordán, Galilea de los gentiles! El pueblo que habitaba en tinieblas ha visto una gran luz; a los que habitaban en paraje de sombras de muerte una luz les ha amanecido. Desde entonces comenzó Jesús a predicar y decir: “Convertíos, porque el Reino de los Cielos ha llegado.”

¿A quién conmemoramos hoy?

A San Teodosio el Grande

San Teodosio el Grande vivió durante los siglos V y VI y fue el fundador del movimiento monástico cenobítico. Nació en Capadocia de padres piadosos y fue bendecido por una espléndida voz que usó pasando los días en la Iglesia leyendo y cantando.

Teniendo el deseo de llevar una vida solitaria, San Teodosio se estableció en Palestina en una cueva abandonada la cual de acuerdo a la tradición habían pasado los Magos la noche posterior a la Navidad. Allí pasó treinta años de su vida en gran abstinencia y en constante oración. La gente de los pueblos cercanos iban a buscarlo día a día tratando de vivir bajo su guía y algunos decidían quedarse a vivir junto a él.

Cuando la cueva ya no pudo contener a todos los monjes, San Teodosio rezó para que el Señor mismo le indicara el lugar en el que Él quería a sus monjes. Así tomo el incensario con un carbón apagado y comenzó a caminar dirigiéndose hacia el desierto.

En un determinado momento el carbón se prendió solo y el incienso comenzó a subir. Allí, San Teodosio estableció el primer monasterio cenobítico llamado “*Lavra*” (que significa “*ancho*” o “*popular*”). El Monasterio de Lavra de San Teodosio se convirtió al poco tiempo en uno de los más populares llegando a tener 700 monjes.

Se lo conoce a San Teodosio como una persona sumamente sensible y dedicada a los pobres. Una vez ante una gran hambruna la gente se juntó alrededor del Monasterio y los monjes no sabían que hacer porque dentro del Monasterio no existían los viveres necesarios para todos. San Teodosio les ordenó ir a la cocina a ver y allí encontraron que el lugar estaba lleno de pan que se había multiplicado milagrosamente por las oraciones del santo.

Dentro del Monasterio San Teodosio construyó una casa para recibir a visitantes de otros lados y otra para atender a los ancianos. Viendo que gente de todas partes venían al Monasterio, San Teodosio fue el primero en arreglar oficios en varios idiomas: griego, georgiano y armenio. Todos ellos recibían los Sacramentos allí.

San Teodosio llevó a cabo muchos milagros durante su vida. Murió a los 105 años de edad. Su cuerpo fue enterrado con reverencia en la misma cueva en la que había pasado sus inicios como monje.

Los Padres de la Iglesia nos hablan hoy

Hoy: El Demonio de la Tristeza

1) Todos los demonios enseñan al alma el amor por el placer: sólo el demonio de la tristeza se abstiene de ello. Por el contrario, destruye todos los pensamientos insinuados por los otros